

abandonadas durante la guerra civil; ya Hakam El-Gifari, primer lugarteniente de Siyad en el Corasan, había ocupado á Toharistan, territorio Sur y Sudeste de Balh, hasta el Hindu-Kusch, siendo el primero que logró pasar el Oxo, si bien por corto tiempo. Luego parece que el Oriente volvió á rebelarse, pues cuando despues de la muerte de Hakam en el año 51 (671) llegó Rabí Ibn Siyad (1) con 25,000 guerreros de Kufa y 25,000 de Basora, debió apoderarse de nuevo de Balh y de otras poblaciones. Sustituyóle en su cargo, en el año 54 (674), Obeidallah, hombre de 25 años, hijo del lugarteniente Siyad, que acababa de morir, el cual penetró mucho mas allá del Oxo en el territorio de la Sogdiana hasta Peikend y Bokhara, é infirió á los turcos una gran derrota. Se nos dice que envió 2,000 prisioneros á Basora, los primeros esclavos que fueron conducidos al Occidente del imperio de los califas, y á los cuales siguieron pronto otros casi todos los años, hasta que algunas generaciones despues se convirtieron de siervos en señores. Cuando fué necesaria la presencia de Obeidallah en Basora, en el año 55 = 674, la lugartenencia del Corasan, de la cual siguieron dependiendo las nuevas conquistas, pasó á Sa'id, hijo del califa Othman, á quien deseaba atraerse Moawiya. Llegó Sa'id hasta Samarcanda, á la cual despues, bajo el califato de Yezid, tuvo que someter de nuevo (61 = 681) el lugarteniente nombrado por éste, Selm, hermano de Obeidallah. Naturalmente no era muy sincera la adhesión de los turcos á sus nuevos dominadores, y cuando perdían de vista al ejército musulmíco dejaban de aprontar los impuestos convenidos, los cuales solo por medio de una nueva campaña pudieron hacerse efectivos. A pesar de todo, la influencia del Islam penetró tambien en estas comarcas, no sin reverses, pero incesantemente. Todo convenio con una ciudad ó con una tribu, por mas que fuera en sí de valor dudoso, contribuía siempre á asegurar la posesión de la tierra que quedaba atrás y constituía, al propio tiempo, una preparación para una futura acción mas decisiva; y así, no dejó de ser importante que el citado Selm hubiese logrado ajustar un arreglo con Khwarism (hoy Khiva) para el pago de tributo. Por lo demás, el mérito principal de estos triunfos no correspondía, por lo general, á los lugartenientes, que eran cambiados muy á menudo, sino mas bien á los generales que les estaban subordinados, y que solían conservar durante largo tiempo sus mandos, estando así familiarizados con las tropas y siendo conocedores del país y de su población. El que mas descuella entre estos es Mohallab, hijo de Abu Sofra, yemení de la tribu Asd, que se había distinguido muy particularmente, durante las lugartenencias de Sa'id Ibn Othman y de Selm, en las campañas de Samarcanda y que estaba llamado á representar muy pronto un papel mucho mas importante. Había ya prestado relevantes servicios en otro teatro de la guerra en los primeros años del califato de Moawiya; como consecuencia de las correrías que se hicieron desde el Corasan meridional contra los turcos del actual Afghanistan (ya en los años 38 ó 39 = 659), se había desarrollado una guerra de fronteras que los árabes llevaron hasta el Pendyab, despues de vencer al príncipe turco de Cabul, y de haber tomado esta ciudad en el año 42 (662), pero que terminó al fin con una sensible derrota. Allí ya se dió á conocer en el año 44 (664) el talento militar de Mohallab: partiendo de Cabul, que en el interin, despues de repetidas rebeliones, había sido, por último, sometida, bajó por el camino, que desde los tiempos de Alejandro hasta nuestro siglo ha sido seguido por los ejércitos de todos los grandes

(1) No era hijo del lugarteniente sino un individuo de la tribu de los Abs del mismo nombre.

conquistadores del Asia, á lo largo del rio de Cabul, hasta la tierra del Pendyab ó sea de los cinco rios de la India. Allí se limitaron, así él como sus sucesores, á frecuentes correrías en el llano, y solo se conservaron duraderamente los pasos de las montañas, hasta que fueron incorporados al imperio, al propio tiempo que éstos, Mekran y el resto del actual Beluchistan, así como el territorio de Candahar. Había tanto mas motivo para contentarse con esto, cuanto que la guerra civil, encendida desde el año 61 (681), había producido poco á poco disensiones entre los mismos árabes de aquellas provincias limítrofes, las cuales ocasionaron la pérdida de las tierras de los turcos mas allá del Oxo, así como alzamientos en Cabul y otros lugares.

A pesar de los descabros y de las pérdidas en la guerra contra Constantinopla, Moawiya, en sus últimos años, como soberano de un imperio sólida y ordenadamente establecido en el interior y ensanchado y poderoso en el exterior, pudo contemplar con satisfacción la obra de su vida. Una sola cosa faltaba para garantir á esta obra la deseada duración: la seguridad de la sucesión al trono, y Moawiya era demasiado buen omniada para no extremar todos los medios á fin de asegurar en su familia la soberanía, constituida á costa de tanto trabajo y astucia y de algunas graves faltas. Ahora bien: dada la muy probada adhesión de los sirios, no habría sido difícil lograr semejante propósito, si su hijo mayor, Yezid, no hubiese tenido tantos defectos. Que se cuidara del Corán tan poco como su padre y que, en cambio, fuera dado al vino, á la caza y al juego, no le perjudicaba por cierto á los ojos de los sirios, pero sí que manifestara, al propio tiempo, una aversión á las fatigas de la guerra impropia de su belicoso linaje. No se le acusaba en manera alguna de cobardía, pero cuando Moawiya le obligó á tomar el mando del ejército que se enviaba á Calcedonia al auxilio de Fadala, no tuvo reparo en expresar en versos satíricos su parecer de que le era enteramente indiferente que los de Calcedonia padecieran de fiebre ó de reumatismo mientras pudiese él estar sentado en su sofá al lado de su jóven mujer en el convento de Murrán (2). Verdad es que nada adelantó con ello; no tuvo mas remedio que acompañar al ejército, y parece tambien que se portó con valentía. Por lo demás, era personalmente querido por su sociabilidad, talento poético y liberalidad; pero lo que decididamente predisponía contra él á una parte de los sirios era su ascendencia materna: su madre era hija de Bahdal, uno de los caudillos de los Benu Kelb, motivo suficiente para inspirar desconfianza hacia el jóven príncipe en los keisitas. A pesar de todo, no hubo abierta oposición cuando en el año 56 (676) el koreischita Dahak Ibn Keis, uno de los parientes mas cercanos de Moawiya, pidió públicamente al califa que hiciera prestar desde luego homenaje á Yezid como sucesor al trono, para evitar nuevas guerras civiles despues de su muerte. Pero de otro modo se pensaba en las provincias. Dirigidos por el lugarteniente de Basora, Obeidallah, fueron á Damasco representantes del Irak, y preguntados por su parecer, El Ahnaf Ibn Keis, caudillo de los Benu Temim de Basora, dió la célebre respuesta: «Te tememos si decimos la verdad, pero mas tememos á Dios si mentimos,» y manifestó su opinión decididamente contraria. Consiguióse, sin embargo, por último, en parte por dádivas, en parte por amenazas, mover á los irakeses á prestar el homenaje. Mucho mas grave fué la actitud de los de Medina. En la ciudad santa se encontraban, como ya hemos visto, varios hombres importantes que á causa de su origen podían abrigar preten-

(2) Muy cerca de Damasco; en los conventos cristianos se podía beber vino libremente.

siones al califato: Husein, Abdallah Ibn Sobeir, un hijo de Abu Bekr y otro de Omar (el heredero de Othman acababa de ser atraído á la causa de Yezid con la lugartenencia del Corasan). A esto había que agregar que la persona de Yezid excitaba allí la mayor repugnancia. «¿Habríamos de prestar homenaje,—decía Abdallah Ibn Omar,—á un hombre que juega con micos y perros, bebe vino y comete públicamente toda clase de actos vergonzosos? ¿Cómo podríamos responder de ello ante Dios?» Esta era la opinión general en Medina, y así Merwan, informado por Moawiya de su propósito, le contestó, aterrado, que desistiera de él. El califa tal vez opinó que el consejo de Merwan no era del todo desinteresado; como uno de los omniadas de mas edad, podía el primo de Othman considerarse apto para la suprema dignidad. Le privó, pues, de la lugartenencia de Medina y se trasladó él mismo, con mil jinetes escogidos, á la ciudad del Profeta; pero apenas hubo llegado allí cuando los cuatro personajes mencionados, temiendo, con razon, que se les hiciera violencia, huyeron á la Meca, donde esperaban encontrar seguridad bajo la protección del distrito sagrado. Moawiya, que no estaba dispuesto á desistir de su propósito por consideraciones religiosas, marchó tras ellos, y viendo que eran infructuosos sus esfuerzos para ganarlos con dádivas y promesas, les declaró por último que mandaría proceder al acto del homenaje en la Ka'aba, colocandolos junto á cada uno de ellos dos hombres con espadas desenvainadas, y el que se atreviera á oponerse, allí seria inmediatamente acuchillado. Subió, pues, al púlpito de la mezquita y pidió á la comunidad allí reunida que jurara fidelidad á Yezid, añadiendo: «Estos hombres, los príncipes y los primeros de los creyentes, sin los cuales no se puede deliberar sobre ningún asunto, y sin cuyo consejo nada se puede decidir, han manifestado ya su asentimiento y jurado fidelidad á Yezid; juradla, pues, tambien vosotros en nombre de Dios.» Como los cuatro callaran, porque veían los sables desnudos y no podían dudar de que Moawiya era capaz de ejecutar su amenaza sin consideración á la santidad del lugar, se conformaron tambien los de la Meca, y despues, cuando el califa se detuvo en Medina á su regreso, no se atrevieron tampoco los piadosos de allí á resistirse por mas tiempo. De esta suerte, fué reconocido Yezid oficialmente como legítimo sucesor al trono en todas las provincias, pues que en el Egipto, completamente pacificado mucho tiempo hacia, no se encontró oposición alguna: el porvenir debía encargarse de demostrar si este forzado homenaje tenia mas valor que una mera formalidad.

Moawiya murió en Radschab del año 60 (abril de 680) (1), cargado de años y harto de vivir. Poseemos de él una especie de testamento político, que si fuera auténtico (2) se parecería en mas de un concepto á una profecía del porvenir. Verdad es que á un hombre menos perspicaz que Moawiya podía tambien habérsele ocurrido la advertencia que se hace en él con marcado interés: se previene al futuro soberano contra dos hombres que en realidad estaban destinados á alzar

(1) No se puede determinar la fecha exacta. Las mejores autoridades están divididas entre el 1 y el 15 del citado mes (7 y 21 de abril), pero el primero parece el mas probable. Tampoco puede determinarse fijamente la edad que alcanzó Moawiya; sin embargo, parece que debió tener á su muerte de 70 á 80 años.

(2) Dudo de su autenticidad, porque en él se encuentra esta frase: «Sé considerado con los hombres del Irak, y si ellos te piden que les envíes cada día un nuevo lugarteniente, hazlo; es mas fácil soportar un cambio en la administración que permitir que se desenvainen cien mil espadas.» Esto no es propio del genio de Moawiya, el cual jamás pensó en destituir á Siyad ni á Obeidallah porque no fueran del agrado de los irakeses. Esta frase, como probablemente todo el testamento, es una profecía *ex eventu*.

la bandera de la rebelión contra él y á poner otra vez el imperio árabe al borde de la ruina, encendiendo una nueva guerra civil de 30 años: Husein, hijo de Alí, y Abdallah Ibn Sobeir.

CAPITULO II

LA SEGUNDA GUERRA CIVIL

Cuando Yezid (reinó desde Radschab 60 hasta 14 Rabí I 64 = abril 680-10 noviembre 683) subió al poder en Damasco el día de la muerte de su padre, podía contar seguramente con un apoyo: los sirios, adictos lealmente á Moawiya hacia muchos años, sabían que su ventajosa posición entre las demás tribus del imperio estaba indisolublemente ligada á la dominación de los omniadas; además, personalmente, el nuevo califa les agradaba mas que su padre. Hijo de una beduina, que por nostalgia había vuelto entre los suyos con permiso de su marido, había pasado su juventud en el desierto al lado de su madre; y á las costumbres é ideas de un beduino, que trata como á igual á todo árabe libre, unía el desafecto hacia todo lo devoto, que era entonces general en la Siria y que en él llegaba, ciertamente, hasta una marcada hostilidad contra los preceptos de la religión. Si podemos reducir á su verdadera expresión la evidente desfiguración de su memoria que encontramos en los escritores posteriores, debió de ser Yezid un hombre satisfecho de la vida, inclinado á los placeres, amable y de talento: si semejantes cualidades iban ó no acompañadas de un carácter firme y de las demás dotes de un soberano, de las cuales no se podía prescindir en aquella época, no podemos determinarlo, pues que la brevedad de su reinado no permite formar juicio exacto. Además de las medidas que los inmediatos acontecimientos hicieron necesarias, en las cuales no hubiera dejado de pensar cualquier otro príncipe, solo nos es conocida una disposición de verdadera importancia: privó á los cristianos sirios de la exención del jaradsch que les había otorgado Omar, empeorando bastante con esto la situación de esta clase de sus súbditos; pero es muy posible que despues de estallar la rebelión en la Arabia, la situación del reino obligara á aumentar los ingresos y exigiera la anulación de semejante privilegio, y así, acaso no se le pueda censurar con justicia que lo hiciera. De todos modos, todo lo que era de origen árabe en la Siria le permaneció fiel cuando empezaron á recibirse de las provincias restantes noticias cada vez mas amenazadoras. Tan luego como Yezid se hubo encargado del gobierno envió una circular á todos los lugartenientes ordenándoles que dispusieran que en todas partes los habitantes le prestaran homenaje como califa. En el Irak se hizo así, á lo menos oficialmente, sin manifiesta oposición; pero cuando llegó la circular á Medina el lugarteniente El-Walid Ibn Othba no tomó la precaución de apoderarse á tiempo de las personas de Husein y de Abdallah, hijo éste de Sobeir, y así consiguieron estos escapar de la ciudad antes que pudiera obligárseles á prestar homenaje. Fuéronse otra vez á la Meca, ya que por lo pronto estaban mas seguros en el territorio sagrado que en Medina, donde en todo caso los omniadas disponían de gran número de partidarios incondicionales. De los otros rivales posibles de Yezid, había muerto en el interin el hijo de Abu Bekr, y Abdallah Ibn Omar se había consagrado por completo al piadoso ascetismo, de modo que no había motivo para cuidarse de él; pero aquellos dos en la Meca amenazaban hacerse peligrosos. Por lo mismo, envió Yezid, en Ramadan del año 60 (junio 680), á Medina, en sustitución de Walid, á Amr Ibn Sa'id, apellidado El Aschdak (3), con

(3) «Boca-grande;» en sentido figurado, el de palabra fácil.